



Hokusai. Grabado de la serie '36 vistas del Monte Fuji'.

El náufrago en su isla

Hablemos de la delicadeza, esa pequeña madrina que dirige con manos mínimas y enguantadas nuestros actos y nos convence de que las cosas solo parecen lo que creemos que son; hasta que después, ya siempre tarde, caemos en que pasó sobre ellas la ampolla mojada de una suavidad que vino a amortiguar la brusca rotundidad de cada ser. Y solo era eso. Hablemos, entonces, de la delicadeza.

En la travesía de la existencia, todos nos hemos cruzado con seres delicados, que se arreglan para vivir en unas afueras solo tuyas pero que se distinguen de los hurraños y de los misántropos en que siguen sin faltar del mundo, pues no soportarían que los demás dejaran de notarlos y tuviesen entonces que pronunciar su nombre. Más bien, los seres delicados se esfuerzan en lograr un mimetismo que los empasta en la vida inmediata pero, a la vez, los vuelve invisibles.

El ejemplo que siempre recuerdo es aquel suceso increíble de Franz Kafka, que alguna vez contó Milena. Parece que el escritor se disponía a dar limosna a un ciego de Pra-

ga pero solo llevaba un billete exagerado que podría humillar al menesteroso y avergonzarlo a él. ¿Qué hizo entonces Kafka? Entró a cambiar su billete en un establecimiento y luego se dedicó a pasar una y otra vez ante aquel rostro perdido y aquella mano estirada en la que fue poniendo monedas hasta completar exactamente la cantidad del billete vergonzoso. La escena la he imaginado siempre como la de dos hombres sin rostro: el que no puede mirar y el que no desea ser visto. La distancia que los une (valga este oximoron) es la de la invidencia. La invidencia física pero también la invidencia del pudor de Kafka, que con su gesto está acercándose al ciego para ser aún más lejano en nombre de esa fiesta sin invitados que es la delicadeza.

La vida me ha presentado también a mí a alguno de estos seres. Casi nunca reconozco al paso a estos pájaros transparentes que residen en la fragilidad. Solo luego, cuando ya se han ido, caigo en cómo eran cuando estaban a un tiro de piedra de mi corazón. Pero yo no los vi. No les da la luz aunque estén en la luz. Ellos saben hacer eso.

Precisamente, esa cualidad suprema de saber estar al lado sin hacerse notar es lo que está ocurriendo en el mundo literario levantada a pulso sobre la espuma, y casi a escondidas y sin salir de la cocina de casa, por el escritor José Antonio Abella en Segovia. Todo un desafío al entramado industrial que maltrata los libros como a mercancía amodorrada. Quisiera ya seguir hablando hasta el final de ello.

La editorial se llama, eso es, 'Isla del Náufrago'. Nada más exacto, pues estoy convencido de que el propósito del gran Abella es simplemente sobrevivir, soportar sin conmovirse la tromba nacional diaria

de libros que sepultan sin tregua los suyos. Pero él, el náufrago, ve cada mañana que sigue vivo y ahí, en su pequeña isla fuera de juego. De un juego que no le interesa demasiado. Con eso le basta.

Lo que llama la atención antes que nada en esta aventura llena de esmero y de sigilo es que se funda en un sugestivo 'tú a tú' digital. Quién lo iba a decir. De pronto, aquello que estaba, al parecer, destinado a alejarnos de cuanto estaba cerca se aprovecha para aproximarnos a lo que no alcanzáramos de otro modo. Como quien se burla de la asepsia gélida de la tecnología sin dejar de usar sus mismos procedimientos, la pequeña editorial 'Isla del náufrago' se ofrece a los lectores directamente, tal como aquellos visitantes animosos de los años 60 y 70 que se presentaban en casa con novedades y enciclopedias, pero ahora por mediación de Internet (www.isladelnaufrago.com) y sin gastos postales añadidos. El cuidado casi corporal con que se trama cada título y el coro de detalles suplementarios llena a estos libros -y ya van seis- de un respeto que no se encuentra con frecuencia en la inercia industrial de

las editoriales convencionales. Por supuesto -y esto ya roza lo inaudito- el respeto incluye, en todos los sentidos, a los autores.

Pero es que hay más. Tengo ahora ante mí uno de los títulos recientes de 'Isla del Náufrago'. Se titula 'Frente al Pacífico' y es un discreto paquete de artículos sobre Japón que su autora, Montserrat Sanz Yagüe, que vive en aquel país, había ido publicando en su momento en el diario segoviano 'El Adelantado' (oh, esos nombres sabrosos de los periódicos, de cuando tenía sentido presumir de llegar ellos a la noticia -y no al revés- antes que cualquier otro). El librito, en torno a las 70 páginas nada más, es un compendio de delicadeza. La ilustración de un 'pop avant la lettre' de Hokusai para la cubierta: esa ola gigante y premonitoria con garras numerosas dispuestas a arrasarlo todo; los ideogramas de Tomoko Miyamoto que representan conceptos decisivos del espíritu japonés (Integridad. Esfuerzo. Colectividad. Aceptación del destino...); el propio contenido de los textos, que muestran a raíz del tsunami de marzo los valores del pueblo japonés, tan aleja-

CEREZAS EN
EL ESCONDITE

TOMÁS SÁNCHEZ
SANTIAGO



dos de los intereses de la sociedad occidental, de esa compulsión por el recambio mercantil en el que a lo nuevo sucede lo último, que ya desprecia lo anterior (Tanizaki decía, en cambio, en 'El elogio de la sombra' que para los japoneses el oscurecimiento de lo usado prestigia al objeto).

La autora segoviana lo expone todo con el ímpetu de quien sabe que unos cuantos textos breves ya sirven para poner en duda nuestra idea presuntuosa de 'civilización'. Basta con leer el artículo inicial, ¡Imagínese!, sobre cómo en Japón es posible confiar en los demás y vivir sin llaves ni candados, en la libertad que da saber a ciencia cierta que a nadie se le ocurrirá atentar contra lo propio porque la idea de lo propio está, además, allí vinculada a lo provisional, y ya el destino se ha de encargar de llevarlo todo de golpe y para siempre. Por ejemplo, en la forma de un maremoto.

Delicadeza, delicadeza. La del pueblo japonés, que no dice ¡Suerte! sino ¡Esfuézate!, y la fórmula debe de sonar, con toda certeza, alegre y animosa. La de estos textos que nos ponen tan cerca la posibilidad de estar de otro modo en la vida, en estas horas de agotamiento de un sistema empachado y con síntomas de ahogarse en sus propios vómitos. La de la edición impecable y sin altisonancias. La de Abella y su propuesta editorial: 'Isla del Náufrago'. ¿Más pruebas de lo necesario de esta presencia singular de una isla en medio de la danza macabra que toma al libro solo como fetiche industrial? Aquí transcribo el colofón que cierra cada uno de sus títulos: «La pequeñísima editorial de la Isla del Náufrago agradece a sus lectores que esta obra no sea fotocopiada ni reproducida total ni parcialmente (...). Sin embargo, desde la soledad de nuestra isla toda difusión de este libro y de esta editorial merecerá nuestra más sincera gratitud». Delicadeza...

Merece la pena sostener esta isla a flote. Junto a la frescura de estos últimos movimientos sociales espontáneos que se plantan con tiendas y lícitas acusaciones frente al chirriante aparato social, he aquí una muestra de que es posible hacer lo mismo, también contracorriente. Ahora usted, improbable lector, habrá de bucear hasta encontrar la isla en el océano digital y hacerse con 'Frente al Pacífico', por ejemplo. Una escuela japonesa arrasada por el tsunami de marzo también se lo agradecerá. Pero no daré más pistas. Delicadeza por delicadeza...